

SOLO LIBROS / reseñas

IVÁN PÁRRAGA. *MARZO DE 1939. LA HUELGA DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL Y LA DISPUTA POR LA AUTONOMÍA*. QUITO: UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR, SEDE ECUADOR, 2018, 78 PP.

DOI: <http://dx.doi.org/10.29078/rp.v0i50.788>

Son escasos los trabajos de investigación histórica de las luchas de los sectores subalternos, en el agitado y apasionante Ecuador de los años treinta del siglo pasado, y la mayoría de los esfuerzos se han dirigido a las luchas de los obreros fabriles, de los artesanos, los campesinos y los indígenas. Esto acrecienta el interés por la lectura del libro de Iván Párraga sobre la huelga de la Universidad Central de marzo de 1939, en el que aborda la lucha por la autonomía universitaria a finales de la década del treinta. Su trabajo aporta para el indispensable diálogo crítico con el pasado, ahora que desde el año 2010 se han reducido seriamente la democracia, el cogobierno y la autonomía universitaria con la imposición de la LOES, en la que a la palabra autonomía se añadió el remoquete de “responsable”, y por medio de un espeso entramado institucional y de control sobre las instituciones de educación superior, se abrió el camino para la intervención permanente de los tecnócratas estatales sobre la vida universitaria.

Iván Párraga señala que el tema de la autonomía ha sido un motivo de conflicto permanente entre la universidad y el Estado. Merece relevarse la revisión que realiza de la lucha por la conquista de la autonomía universitaria entre los años 1910 y 1938. La primera Ley de Educación Superior de 1925 recogió los principales avances en legislación universitaria producidos en América Latina a partir de la Reforma de Córdova, los cuales fueron producto de la Revolución juliana. En 1945 la autonomía universitaria fue proclamada como disposición constitucional. La conquista de la autonomía y del derecho al cogobierno universitario fueron muy importantes para la democratización de las instituciones de educación superior, al permitir la participación de los estudiantes en la selección de las autoridades y de los docentes por concursos de méritos, la libertad de cátedra y la aplicación de la gratuidad.

El trabajo de Iván Párraga sobre la huelga universitaria de 1939 es la primera investigación sobre esta importante lucha universitaria, y ha sido realizado con una lectura atenta del contexto histórico general, y de diversas fuentes históricas. El propósito es indagar lo que el autor califica como “uno de los acontecimientos políticos de mayor trascendencia en la historia universitaria”, producido en rechazo a la reforma a la Ley de Elecciones por parte del Congreso Extraordinario de 1938, que desconocía el derecho de las autoridades universitarias para designar a su cuerpo docente, lo que lesionaba gravemente a la autonomía universitaria proclamada en las Leyes de Educación Superior de los años 1925 y 1938. Esto derivó en un enfrentamiento de las autoridades, los docentes y estudiantes de la Universidad Central con el gobierno de Aurelio Mosquera Narváez en marzo de 1939. A los estudiantes y maestros universitarios y secundarios, los actores principales de esta lucha, se unieron en un frente común y llamaron a una huelga general los días 21 y 22 de marzo de 1939, otros sectores de la sociedad organizada, como los maestros, obreros textiles, tranviarios, trabajadores eléctricos y transportistas.

Párraga se apoya en la explicación de Hernán Ibarra acerca de la creación de estos frentes en la primera mitad del siglo XX, quien señala que fueron resultado de alianzas entre capas medias y sectores subalternos, todos afectados por las crisis económicas de aquellos años, que pugnaban por mayor espacio de participación política, y que interpelaban al Estado a través de la protesta urbana.

El gobierno de Mosquera Narváez, médico militante del Partido Liberal, quien había sido rector de la Universidad Central, respondió a la huelga con marcada hostilidad, utilizando los recursos represivos estatales y movilizandando fuerzas de choque integradas por militantes del Partido Liberal. El movimiento no recibió la solidaridad efectiva por parte de las otras universidades de la época, y los únicos sectores que expresaron un apoyo real fueron los maestros, organizados desde 1934 en un sindicato, también de los sectores de trabajadores organizados y de los estudiantes secundarios, especialmente del Colegio Normal Juan Montalvo, que se declararon en paro y se movilizaron.

Frente a la paralización de los servicios de transporte y de electricidad, la ocupación de la universidad y el paro de la producción en las fábricas en huelga, con estudiantes y obreros en las calles de Quito los días 21 y 22 de marzo, en el momento más elevado del enfrentamiento, el gobierno se vio obligado a negociar. Pero no negoció con el conjunto del movimiento sino únicamente con los sindicatos textiles y con los universitarios. Párraga señala la división del movimiento universitario, con los estudiantes de la Escuela de Veterinaria apoyando al gobierno, y las debilidades del conjunto

del movimiento de lucha reducido en los hechos a la ciudad de Quito y el poco impacto de la huelga en otras provincias. Según el autor, el frente de trabajadores y estudiantes careció de la fuerza para obligar al gobierno a negociar con el conjunto del movimiento.

El texto está dividido en tres capítulos. En el primero se aborda a la Universidad Central del Ecuador como espacio de producción de conocimiento y de debate político, en el contexto de los proyectos liberal y del reformismo juliano. En el segundo, el autor estudia la huelga, su contexto político, las causas de la misma, y a los estudiantes y sus formas organizativas, reivindicaciones y estrategias para interpelar al Estado. El tercer capítulo explica la huelga general y la creación del Frente Estudiantes, Maestros y Obreros, sus estrategias y organización, y la estrategia del Estado.

Iván Párraga recorre el proceso vivido por la Universidad Central desde su fundación republicana en el siglo XIX, y considera dos momentos fundamentales en su historia institucional: la modernización administrativa y académica iniciada por García Moreno, y un segundo momento, con la Revolución alfarista, de secularización y desarrollo de las ideas liberales y positivistas y más tarde de las ideas marxistas, para reconstruir, en el contexto de los años treinta, los cambios vividos por la universidad.

Se utilizan como fuentes documentos oficiales del Estado; documentos de la Universidad Central, entre los que destacan las actas del Consejo Universitario que recogen los debates en torno a la Ley de Elecciones, y la revista *Anales* desde el año 1923 hasta 1945; la prensa escrita, *El Comercio* y *El Día*; y testimonios de los actores vinculados a la huelga.

Se trata de una contribución a la historia de las luchas sociales, que aportará al debate sobre la formación de los movimientos sociales y la legislación social en Ecuador. Quedan como tareas pendientes, por ejemplo, la investigación sobre las luchas de las mujeres, de los maestros y de los estudiantes, su organización y actuación política, en una época agitada que se extiende hasta la caída de Arroyo del Río en 1944 y la Constitución de 1945.

Fernando López Romero
Universidad Central del Ecuador

ROCÍO RUEDA NOVOA. *DE ESCLAVIZADOS A COMINEROS. CONSTRUCCIÓN DE LA ETNICIDAD NEGRA EN ESMERALDAS, SIGLOS XVIII-XIX.*
QUITO: UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR, SEDE ECUADOR /
CORPORACIÓN EDITORA NACIONAL, 2019, 336 pp.

DOI: <http://dx.doi.org/10.29078/rp.v0i50.790>

En un esfuerzo “de larga duración”, la autora estudia la sociedad negra en el noroccidente de la costa pacífica ecuatoriana o la provincia de Esmeraldas. En dicho empeño se identifican las formas de adaptación y apropiación del espacio por parte de la población negra, que desde esta zona geográfica logró resistir al control de las instituciones coloniales y luego, durante el siglo XIX, luchar por los territorios que ocupaban.

Cabe resaltar que, anteriormente, la autora realizó otra investigación relacionada con el tema en el marco de sus estudios de maestría. Como resultado de aquella indagación publicó el libro *Zambaje y autonomía, historia de la gente negra en la provincia de Esmeraldas, siglo XVI-XVIII* (2001, 2015). De esta primera investigación es deudor el libro que ahora reseño, pues las diversas ideas y argumentos desarrollados en aquel momento funcionaron como bases para plantear tres aspectos que permiten entender a la sociedad esmeraldeña colonial y republicana. Estos son: “la construcción del territorio, los encuentros interétnicos y el surgimiento de identidades” (p. 12), cuestiones esenciales para comprender el nacimiento de la etnicidad de estas comunidades negras.

La zona río Santiago-río Cayapas es el área geográfica de la investigación de Rueda. Este escenario forma parte de una región cultural denominada por Robert C. West como “Tierras Bajas del Pacífico” (p. 17), la cual se extiende entre el “Darién en Panamá hasta la costa pacífica esmeraldeña, [...] con una extensión de 1.300 kilómetros, y desde la franja costera entre 80 y 160 kilómetros hacia el piedemonte de la cordillera occidental” (p. 17). Así, las características históricas de ambas zonas fueron similares en cuanto al proceso de poblamiento, determinado por la minería y el comercio desde el interior de las provincias hacia circuitos más amplios de comercio. Además, debido a la dificultad para acceder a dicha geografía, conformada por una tupida selva tropical y una topografía fracturada, se construyó un imaginario de frontera caracterizado como salvaje.

La autora comparte cierta afinidad con los estudios de la zona pacífica colombiana, en particular aquellos centrados en los procesos de población, apropiación del espacio y etnicidad negra. Dialoga también con otros investigadores que estudian la esclavitud en el Pacífico colombiano, como Óscar

Almario García, Robert C. West, María Teresa Arcila, Eduardo Restrepo, entre otros. De aquellos diálogos, que aparecen en el cuerpo del libro y en su apartado crítico, se comprende la situación de los pueblos negros de Colombia, para definir aquellas particularidades y similitudes que existen entre ambos espacios. Además, en el libro se toman en cuenta otras contribuciones que, si bien estudian espacios distintos, resultan relevantes en el marco explicativo del estudio. Por ejemplo, Carlos Aguirre, quien analiza la esclavitud en Lima; o la interpretación de Alfonso Múnica sobre la raza y algunos efectos sobre los imaginarios que dieron forma a nuestras naciones.

El objetivo central del libro es “identificar cuáles son y cómo operan los cambios históricos que posibilitan a la construcción de la etnicidad e identidad de los esclavizados de la cuenca del río Santiago-río Cayapas” (p. 14). La autora justifica esta propuesta en vista del vacío histórico sobre el tema, que proviene de una “concepción racista y estereotipada”, deudora del discurso sobre el mestizaje cultural. Como sabemos en este discurso, que sostuvo la nueva identidad nacional desde el siglo XIX, “se suprime la idea de las razas indígenas y negra del territorio patrio, como una forma de homogeneización, de exclusión y de arrebatar la identidad colectiva de las denominadas ‘razas inferiores’” (p. 15). En ese sentido, al mismo tiempo que busca hacer un contrapeso, el estudio elabora una crítica a las lecturas homogeneizadoras construidas por los autores decimonónicos y sus seguidores del siglo XX.

De esclavizados a comuneros se compone de tres partes y cinco capítulos. Cada una de las partes corresponde a una época histórica: Colonia (capítulos I y II), Independencia (capítulo III) y República (capítulos IV y V). En el primer capítulo se analiza el surgimiento de los cacicazgos negros más antiguos, que inició con el naufragio de esclavizados en la costa esmeraldeña. Estos sujetos mantuvieron diversos contactos interétnicos con los indígenas de la zona y guerrearon contra ellos, movidos por la necesidad de consolidar su poder. Se identifican otros métodos de relacionamiento con las poblaciones nativas: el parentesco, el aprendizaje de los idiomas indígenas y diversos pactos que permitieron a los grupos de origen africano establecerse como caciques de ciertas zonas y comunidades de Esmeraldas.

En este mismo capítulo se explica cómo, luego de la consolidación de estos grupos, se incrementaron las acciones del gobierno colonial para controlar la región. En esta perspectiva se realizaron varias expediciones y misiones religiosas y militares que no tuvieron éxito en su intento de reducir a las poblaciones indígenas o capturar a los esclavos cimarrones. Debido a los escasos resultados de estos emprendimientos, las autoridades españolas utilizaron métodos menos agresivos a partir de la negociación con caciques como Alonso de Illescas o Francisco de Arobe para, finalmente, reconocer sus liderazgos en el espacio esmeraldeño. Además, se expone la importancia

de los proyectos viales que intentaron desarrollarse entre la Sierra a la Costa. En tal proceso la autora identifica dos etapas, en la primera da cuenta de la “entera disposición de la población negra llevada por el interés de no antagonizar y preservar los beneficios obtenidos”; y en la segunda etapa “se evidencia una progresiva falta de colaboración en rechazo al ejercicio violento del poder mediante agresiones por parte de los empresarios viales, doctrineros” (p. 61). La autora demuestra como el proceso histórico de esta población estuvo marcado nuevamente por la necesidad de resistir las formas de dominación impuestas por el orden colonial, directamente relacionadas con el proyecto vial (económico) y civilizatorio en la región.

El segundo capítulo explica cómo se dio el proceso de “etnogénesis que protagonizaron los esclavizados asentados al norte en la provincia” (p. 69); para ello la autora explica el proceso de apertura de la frontera minera, cuestión que atrajo a un número significativo de cuadrillas a la zona de los ríos Santiago-Cayapas y los ríos secundarios, construyendo así un tipo de poblamiento ribereño que partía de las dinámicas de los reales de minas. Gran parte de los empresarios mineros provenían del Pacífico colombiano, lo que produjo significativas inversiones que, *a posteriori*, significaron la quiebra de las empresas mineras, razón por la cual abandonaron los reales de minas y algunos esclavos se apropiaron del espacio. Otros esclavizados y libres, quienes se encargaban de realizar trabajos viales, huían a las montañas o a las ciudades para quedarse y vivir como cimarrones debido a los constantes maltratos. La apropiación de los reales de minas en los pies de los ríos y en las zonas internas permitió la constitución de nuevas identidades localizadas y, por ende, un repertorio variado de interacciones sociales y culturales que dieron paso a las múltiples identidades territoriales de la población negra en la zona norte de Esmeraldas.

El tercer capítulo estudia cómo los esclavos y cimarrones que habitaban la zona de Esmeraldas se vieron inmersos de diversas maneras en el proceso autonomista de las juntas de Quito y la independencia. La autora sostiene que las relaciones que establecieron dichos esclavos se sostuvieron bajo la premisa de “continuar con su proyecto de conformación de sociedades e identidades que suponían la defensa del territorio” (p. 115), por lo cual se movilizaron de manera dinámica y en favor de conseguir la libertad y el reconocimiento de la legítima ocupación de los espacios que habitaban.

El cuarto capítulo aborda el período posindependentista (1830-1850), tiempo en el cual las nuevas autoridades republicanas buscaron por diferentes medios penetrar en el territorio esmeraldeño, mediante proyectos viales, educación, reorganización poblacional-administrativa y el inicio de un incipiente control burocrático. Esta búsqueda por controlar el territorio permitió el inicio de diversos proyectos estatales y privados, como la apertura

de caminos. En su mayoría, tales proyectos fracasaron debido a la falta de ingresos fiscales, poco control sobre la población (la cual fue definida como “de costumbres bárbaras” o “incivilizadas”) y su concentración en puntos específicos funcionales para desarrollar proyectos viales. Se debe tener en cuenta que los proyectos de las poblaciones negras fueron paralelos a los del Estado; de esta manera, buscaron conservar las formas de relacionarse con el territorio y mantener la autonomía con la que ya contaban.

Consecuentemente, la autora explica las diferentes estrategias que los esclavizados utilizaron para lograr la manumisión, una cuestión que se sostuvo, en parte, en las diversas leyes dadas por el Estado. Pero esto no necesariamente significó la ejecución de los proyectos propuestos por el Estado. Al final del capítulo cuarto se explica cómo los antiguos esclavizados, ahora libertos, se adaptaron a las nuevas condiciones de vida que les posibilitaba la manumisión, muchos de ellos pasaron a ser “conciertos” y se incorporaron a los complejos de minas-haciendas en las cuales iniciaron un proceso de construcción social del territorio, “desde el cual reprodujeron formas de identidad con base en la subsistencia material y simbólica” (p. 213).

Finalmente, en el capítulo quinto, se aborda la segunda mitad del siglo XIX. En este apartado el estudio muestra cómo la política de explotación minera (que buscó incentivar el Estado por medio de la inversión y compra de concesiones en Esmeraldas) fue tan agresiva que irrumpió en las dinámicas de vida de las poblaciones negras. En ese sentido, el Estado no tuvo en cuenta que las extensiones de tierras dadas a las empresas mineras por medio de concesiones pertenecían a la población negra. Así, la visión que tuvieron los administradores del Estado fue nuevamente la de un espacio vacío y salvaje, el cual debía ser penetrado por nuevas fuerzas civilizatorias que, en este caso, dieran resultados económicos dinamizando la región por medio de la minería y la agroexportación. Por estas razones, las poblaciones negras desarrollaron nuevas formas de posesión del territorio y resistencia ante las nuevas formas de explotación y control de sus cuerpos que, en este caso, se realizaba por medio de las empresas extranjeras. En particular, la autora anota el caso de la comunidad del río Santiago y las nuevas formas de negociación que adoptaron los comuneros, las cuales les permitieron mantener el control del territorio que ancestralmente poseían y, al mismo tiempo, permitir que una empresa minera explotara el territorio circundante, con lo cual no contrariaban el ideal económico y social integracionista del Estado central.

La idea central del estudio es que las poblaciones negras de la provincia de Esmeraldas, específicamente en los ríos Santiago-Cayapas, desarrollaron diversos métodos de negociación y resistencia que les permitieron mantener un estado de parcial autonomía y control del territorio que ocupaban, cues-

ción que les permitió construir una etnicidad basada en la resistencia. Es decir, que en todos los momentos históricos estudiados estos sujetos lograron, por medio de diversas estrategias, conquistar su libertad, el territorio y la preservación de sus dinámicas sociales, económicas y culturales.

Para finalizar, haré dos pequeños comentarios críticos sobre el libro. En primer lugar, el título de la investigación comprende los siglos XVIII-XIX, pero en realidad el primer y segundo capítulos se ocupan de analizar los cacicazgos negros y su legitimación por parte del gobierno colonial, para finalizar con una explicación sobre el papel de los esclavos o cimarrones en los proyectos viales planeados para llegar a la costa esmeraldeña en los siglos XVI y XVII. Por ello, el título debería incluir los cuatro siglos de la investigación realizada (XVI-XIX).

En segundo lugar, el texto logra cumplir con su objetivo, dejando en claro cuáles fueron las características históricas que definieron la etnogénesis de la población negra de Esmeraldas. No obstante, un inconveniente del estudio es la forma en que la autora aborda de manera tan amplia algunos procesos temporales, los cuales, si bien tienen relación con la problemática general del libro, no dejan de ser temas distintos. Ejemplo de esto es el contexto narrado en el tercer capítulo, cuando la autora proporciona un número significativo de detalles sobre los procesos que permitieron la expulsión de los autonomistas de Quito, información que no es relevante al proceso dinámico de relacionamiento *in situ* de estas élites con los grupos de Esmeraldas. Por lo que se puede concluir que algunos fragmentos del libro se centran menos en el estudio de los actores históricos y más en analizar determinados contextos, lo cual permite que el trabajo sea rico en detalles, pero en ocasiones pierda de vista a aquellos sujetos sociales que se propone estudiar.

David Sánchez de Ávila
Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador

MILAGROS VILLARREAL. **LA ESCUELA NACIONAL DE ENFERMERAS ENTRE 1942 Y 1970: UNA HISTORIA SOBRE LAS DINÁMICAS DE CONTROL SOCIAL.** QUITO: UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR, SEDE ECUADOR, 2018, 130 pp.

DOI: <http://dx.doi.org/10.29078/rp.v0i50.789>

Este estudio analiza las dinámicas de profesionalización y control social inmersas en el establecimiento de la Escuela de Enfermería en Quito, desde una mirada biopolítica y de género, elementos que le permitirán evidenciar las particularidades de la formación de profesionales sanitarias femeninas en Ecuador. Asimismo, dará luces sobre la formación de identidades y repre-

sentaciones en torno a dicha carrera. Este trabajo, que constituye una versión revisada de su tesis de maestría en Historia, se suma a una serie de escritos que debaten en el campo de la instrucción femenina, la profesionalización médica y el control del cuerpo.

El carácter de esta obra transita desde una dimensión descriptiva de las condiciones coyunturales, tanto nacionales como internacionales, de las cuatro primeras décadas del siglo XX, que posibilitaron la creación de la Escuela de Enfermeras en Quito; hacia un ámbito analítico sobre las tensiones por la administración y autonomía institucional, la estructuración de un sistema de salud, la construcción de un campo del saber científico y los procesos de normalización sobre el cuerpo femenino, que se evidencian en la documentación oficial, la prensa y los discursos usados para sustentar este trabajo. Asimismo, se evidencia una fuerte alineación con los aportes de Kim Clark, investigadora que ha indagado en la formación de profesionales sanitarias mujeres, quienes debieron disputar los espacios universitarios y gubernamentales con profesionales hombres y otras mujeres portadoras de saberes empíricos.

Sin embargo, la propuesta de Villarreal va más allá, ya que profundiza en la dimensión biopolítica y de las representaciones. Se inscribe dentro de la historia social de la salud, ya que desde un sentido crítico, enfatiza en el análisis de los procesos sociales, las relaciones y contextos que permitieron la construcción de un campo de la salud. Hecho que permitió indagar el rol de los profesionales sanitarios en la sociedad, y comprender la salud y la enfermedad como producto de coyunturas económicas, históricas, culturales o ambientales.

El primer punto que la autora considera es que la fundación de la Escuela Nacional de Enfermeras (ENE) estuvo agenciada tanto por la comunidad universitaria como por organismos nacionales e internacionales interesados en crear perfiles profesionales en el ámbito de la salud. Dicho interés estaría asociado a una visión modernizadora y de control social impulsada con mayor fuerza en las primeras décadas del siglo XX. Villarreal destaca tres elementos coyunturales que dan cuenta de la necesidad de establecer una institución enfocada en la profesionalización de la enfermería: la mirada gubernamental al campo de la salud, el lugar del sujeto femenino y la universidad como espacio de formación técnica de profesionales sanitarias. A partir de estos elementos, la autora esboza las condiciones internacionales y nacionales que determinaron el surgimiento de entidades encargadas de velar por el mejoramiento de las condiciones de vida de las poblaciones, la transformación en la manera de entender la salud como una obligación estatal. En esta línea, enfatiza en el discurso de modernización del sujeto femenino, que si bien buscaba convertirlo en un elemento activo de la sociedad, no estaba desligado de las concepciones tradicionalistas de roles de género.

Por último, se acerca a la dinámica universitaria como un espacio legitimado para la formación de profesionales sanitarios.

En un segundo punto, Villarreal se adentra en los procesos que articularon a la ENE en un referente de la formación en enfermería en el Ecuador. Para esto, se adentra en las tensiones por la administración y control de la institución entre los organismos internacionales, principalmente la Fundación Rockefeller, y la Universidad Central, durante los años en los que la ENE estuvo bajo la dirección de profesoras estadounidenses. La autora destaca que la trayectoria de la escuela estuvo marcada por un juego de negociaciones que se vislumbró especialmente, a partir de 1949, cuando la administración recayó en manos de Ligia Gomezjurado, enfermera ecuatoriana. En un período aproximado de veintinueve años, la directora recurrió a una serie de estrategias que le permitieran posicionar beneficiosamente a la institución entre la autonomía y el auspicio de otras entidades. Por último, Milagros Villarreal identifica el carácter expansivo de la escuela, mismo que la convirtió en un agente para la estructuración de la salud pública en Ecuador. Las gestiones de Gomezjurado permitieron elevar el carácter técnico de la enfermería al de licenciatura, lo que le permitió establecerse como una entidad reguladora para la formación de enfermeras profesionales o técnicas.

Como tercer y último punto, el estudio profundiza en los procesos de control de los sujetos en la formación profesional. La autora señala dos dimensiones de análisis que iluminan sobre las prácticas de normalización aplicadas en la ENE: el ámbito académico y el cotidiano. Según expone Villarreal, la instrucción académica se guió por un plan de estudios bajo el estándar norteamericano que proporcionaba los conocimientos teóricos y prácticos para la formación de profesionales intelectual y técnicamente competentes. No obstante, en la década de 1960, la introducción de la licenciatura en Ciencias de la Enfermería cambió la orientación de esta rama médica, ya que la nueva malla buscaba superar las características técnicas y acercarla a una condición científica. Por su parte, el acercamiento al estudio práctico de la enfermería, propuesto por Milagros Villarreal, devela la delimitación de los espacios a los que podían acceder las profesionales sanitarias. En este acápite, la autora indaga en los imaginarios asociados a la enfermera como la vocación de servicio. El segundo ámbito examinado en este capítulo fue el control en la cotidianidad, especialmente asociado con prácticas de disciplinamiento. En este apartado, recurre a los planteamientos teóricos de Goffman sobre instituciones totales para el análisis del sistema de internado instituido por la ENE. Villarreal cierra su estudio adentrándose en las concepciones sobre el establecimiento de un régimen religioso determinado por el influjo de las ideas cristianas sobre el cuidado de los enfermos.

En este punto es preciso señalar que en Ecuador, la mirada historiográfica sobre los procesos de profesionalización en el campo de la salud, especialmente enfocada en la enfermería, es escasa. Por lo cual nos encontramos ante una obra necesaria, en medio de estudios que han enfatizado en análisis general sobre la educación médica y la reconstrucción de trayectorias históricas de instituciones médicas, la reconstrucción de trayectorias históricas de instituciones médicas en las que casi siempre el sujeto femenino es invisibilizado. En esta línea, el aporte generado por este texto a la historiografía ecuatoriana radica en la posibilidad de profundizar en la construcción de relaciones de género que guiaron la práctica médica, la formación de identidades promovidas por los discursos y prácticas de control social. Algunas preguntas saltan a la vista. ¿Cuáles fueron las estrategias de las alumnas para escapar de estos regímenes altamente disciplinarios? ¿Existieron tensiones entre los médicos y las enfermeras dentro de las instituciones sanitarias?

Enma Chilig
Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador